https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

Observaciones metodológicas sobre el estudio de lenguas extintas en el nororiente peruano: el caso del chacha

Methodological Remarks on the Study of Extinct Languages in the Peruvian Northeast: the Case of Chacha

Michaela Ziemendorff
Universidad de Bonn, Bonn, Alemania
Contacto: mziemendorff@gmail.com
https://orcid.org/0000-0002-4172-6057

Jairo Valqui Culqui
Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú
Contacto: jvalquic@unmsm.edu.pe
https://orcid.org/0000-0003-1992-9795

Stefan Ziemendorff
Consultor GIZ - Cooperación Alemana al Desarrollo
Contacto: stefan.ziemendorff-ext@gizonline.onmicrosoft.com
https://orcid.org/0000-0001-9253-4250

RESUMEN

El presente artículo discute tres publicaciones recientes acerca de la filiación lingüística del chacha, lengua atribuida a las etnias del área geográfica Chachapoyas, en la parte sur del departamento de Amazonas, Perú. Se examina la comparación entre el chacha y las lenguas cahuapana, emprendida por Rojas-Berscia (2020), así como los estudios comparativos realizados por Jolkesky (2016) y Urban (2020), que agrupan el chacha en la familia denominada cholonoide. El análisis se enfoca en las metodologías aplicadas por los autores, discutiendo el potencial y las limitaciones de comparaciones léxicas y fonéticas entre los idiomas implicados, los métodos y restricciones de la investigación toponímica, el uso crítico de fuentes históricas, así como el método de la triangulación. Igualmente, se discuten y evalúan las fuentes disponibles para un potencial análisis comparativo del idioma chacha con idiomas vecinos, llegando a la conclusión de que, por el momento, la escasez del material no permite ninguna clasificación del chacha. Finalmente, se discuten los enfoques metodológicos más propicios para la investigación tanto del chacha como también de otros idiomas extintos y no documentados de la región en general, proponiendo, entre otros, una ampliación de la base de datos toponímicos y antroponímicos antes de proceder con cualquier tipo de análisis.

Palabras claves: Chachapoya; Filiación lingüística; Toponimia; Cholón; Cahuapana.

ABSTRACT

This article discusses three recent publications on the linguistic classification of Chacha, a language attributed to the ethnic groups of the "Chachapoyas" region in the southern part of the department of Amazonas, Peru. It examines the comparison between Chacha and the languages of the Cahuapanan family undertaken by Rojas-Berscia (2020), as well as the comparative studies conducted by Jolkesky (2016) and Urban (2020), both of which classify Chacha as a Cholonoid language. The analysis focuses on the methodologies applied by the authors, discussing the potential and limitations of lexical and phonetic comparisons between the languages involved, the methods and constraints of toponymic research, the critical use of historical sources, as well as the method of triangulation. Also, the available sources for a potential comparative analysis of the Chacha language and neighboring languages are discussed and evaluated, coming to the conclusion that, for the moment, the scarcity of the material does not allow any classification of the Chacha language. Finally, the article defines the most suitable methodological approaches for the investigation of Chacha and other extinct and undocumented languages of the region in general, proposing, among others, an expansion of the toponymic and anthroponymic database before historical linguists might proceed with any kind of analysis.

Keywords: Chachapoya; Language classification; Toponymy; Cholon; Cahuapanan.

Recibido: 03.10.22 Revisado: 12.12.22 Aceptado: 23.05.23

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

1. Introducción

Al momento de las conquistas incaica y española, los Andes del norte eran habitados por diversos pueblos y culturas. Estos dejaron sus huellas en los sitios arqueológicos y las costumbres de la región, pero su documentación histórica es incompleta y los conocimientos proporcionados por la arqueología y etnología son escasos y controvertidos.

A pesar de los diversos estudios lingüísticos realizados en el área en cuestión, la escasez del material no ha permitido que los resultados sean más que básicos. No se ha podido determinar aún el origen de las variedades locales del quechua y la situación de las lenguas prequechuas es todavía más enigmática: algunas de ellas tuvieron la suerte de ser documentadas durante la época colonial, de otras solamente quedan breves registros de palabras elaborados por viajeros, y de otras más no queda ningún rastro aparte de topónimos y antropónimos.

Recientemente esta área ha despertado el interés de la lingüística, con uno de los enfoques en el idioma comúnmente denominado "chacha", lengua atribuida a la cultura chachapoya. Una de las preguntas centrales que ocupa a los investigadores es su filiación genealógica; partiendo de diferentes perspectivas, los estudios comparten un nuevo enfoque "comparativo": los topónimos y antropónimos chachapoyas son interpretados a través de otras lenguas, pertenecientes a culturas más o menos cercanas. De esta manera, se ha identificado una supuesta filiación genealógica del chacha con los idiomas cahuapanas (Rojas-Berscia, 2020), así como un posible parentesco entre el chacha y el cholón (Jolkesky, 2016), e incluso la existencia de un área cholonoide, a la cual pertenecerían más idiomas locales (Urban, 2020). Estas conclusiones son de gran alcance, sobre todo en vista del escaso material disponible, además de que se contradicen; aunque, por supuesto, una relación genealógica entre el cholón y las lenguas cahuapanas resolvería esta contradicción.

Por tratarse de cuestiones fundamentales, con implicancias que van más allá de preguntas netamente lingüísticas, es indispensable revisar los análisis mencionados. En concreto, el presente artículo examinará algunos principios básicos en la investigación de los idiomas extintos de los Andes, enfocando tanto la cuestión metodológica como también las conclusiones postuladas en los estudios recientes, para luego trazar las rutas por las cuales deberíamos seguir.

2. El estado de la cuestión de la ceja de selva norte: el "chacha" y sus supuestos parientes

2.1. El "chacha"

Las culturas agrupadas bajo el gentilicio "chachapoya" —término acuñado posiblemente durante la etapa inca y mencionado por primera vez en 1538 por Francisco Pizarro (Schjellerup, 2005, p. 53)— habitaron las vertientes orientales de los Andes de los actuales departamentos de Amazonas, La Libertad y San Martín. En los últimos años, las investigaciones histórico-arqueológicas han llegado a la conclusión de que "antes de la conquista inkaica nunca existió ningún tipo de unidad integrada —de carácter político, étnico ni cultural—, que fuera coextensiva con la región que los estudiosos ahora denominan 'Chachapoyas'", por lo que se ha propuesto sustituir el tradicional término "cultura chachapoya(s)" por la expresión de un espacio geográfico Chachapoyas (Guengerich y Church, 2017, p. 313). Sin embargo, esto todavía no se ha visto reflejado en las investigaciones lingüísticas en la zona; ahí, más bien, se ha establecido la existencia de una lengua prequechua, cuya extensión coincide hasta cierto punto con el área donde se ha comprobado la presencia de las culturas del espacio Chachapoyas (Valqui y Ziemendorff, 2016).

Los trabajos de investigación se han inclinado, en su mayoría, por hacer referencia a esta lengua con dos términos utilizados en la historia y la arqueología de esta región, llamándola o bien "chacha" (Torero, 1989; Valqui, 2004; Jolkesky, 2016; Urban, 2020) o bien "chachapoya(s) ~ chachapuya(s)". Nuestro uso del término "chacha" para referirnos a la lengua es netamente académico y debido a su difusión en la literatura científica, incluso en el catálogo de lenguas del mundo *Glottolog 4.6* (Hammarström et al., 2022).

El idioma nunca fue documentado durante la época colonial. Las evidencias de su existencia se limitan a la toponimia y antroponimia, así como a unas pocas palabras conservadas en el quechua local, una variedad poco estudiada y en peligro de extinción (Valqui, 2020, p. 16), y el español de la región:

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

solpe, un cargador en forma de malla, y *lope*, un frijol grande (Valqui, 2003, pp. 67-68). Gerald Taylor ha propuesto un inventario fonético (2000, p. 18) y una serie de morfemas toponímicos con significado tentativo: *-cat / -gat(e) / -gach(e)* ('río o agua'), *-mal* ('llanura, pampa'), *-lap(e)* ('fortaleza o pueblo fortificado') y *huala* ('cerro') (2000, p. 24). En trabajo de campo se ha podido definir *-*kat* como 'agua' y *-mal* como 'lugar donde abunda un determinado recurso' (Valqui y Ziemendorff, 2016). Las demás formas toponímicas aún no han sido investigadas en profundidad.

De estas pocas palabras, así como de los antropónimos recopilados por Jorge Zevallos (1966), sabemos que el chacha fue un idioma de raíz monosilábica (Taylor, 2000, p. 14; Valqui y Ziemendorff, 2016, p. 28). Lo demás, por la escasez y calidad del material no pasa el nivel de hipótesis, ya que resulta imposible determinar con seguridad cuáles de sus aparentes características de hecho identificaban el idioma, y cuáles se deben a "un análisis erróneo de los sonidos del idioma transcrito y [...] la ausencia de un sistema alfabético adecuado para su transcripción" (Taylor, 2000, p. 16); lo que, para comenzar, asume la sobrevivencia de personas que dominaban el idioma al momento del registro de los topónimos en cuestión, lo cual todavía no está comprobado.

2.2. El cholón (y el hibito)

Debido a su registro conjunto en los documentos históricos, es difícil separar los idiomas cholón e hibito según las áreas que ocupaban. Las dos etnias habitaban la zona que se extiende desde el río Huallaga hasta el Marañón y desde Tingo María hasta Juanjuí. Los hibitos vivían en el norte de este territorio, mientas que los cholones ocupaban el sur (Alexander-Bakkerus, 2005, p. 33). El cholón se extinguió probablemente a fines del siglo XX (Rojas-Berscia y Eloranta, 2019, p. 4).

Gracias al *Arte de la Lengua Cholona*, elaborado por el franciscano Pedro de la Mata en 1748, así como dos listas de vocabulario (Martínez Compañón, 1978 [1783], II, fol. IV; Tessmann, 1930, p. 547), el idioma cholón ha podido ser investigado y caracterizado a grandes rasgos. Una pregunta muy controvertida es la de saber si está o no genealógicamente relacionado con el hibito (Torero, 1986, p. 533; Muysken, 2004, pp. 461-475; Alexander-Bakkerus, 2005, p. 23).

2.3. Los idiomas cahuapanas y el protocahuapana

Los dos idiomas que conforman la familia cahuapana, el shiwilu (o *jebero*) y el shawi (o *chayahuita*), se hablan en la provincia de Alto Amazonas, Loreto. El shiwilu se encuentra en peligro de desaparición, con solamente 30 hablantes fluidos en 2011, mientras que el shawi sigue siendo transmitido a las nuevas generaciones (Valenzuela, 2011, pp. 271-272). Se han elaborado diccionarios extensos para ambos idiomas (Hart, 2008; Valenzuela, 2014), y sobre todo para el shawi se cuenta con análisis más amplios del idioma (Valenzuela, 2014, pp. 275-276). También se han presentado propuestas acerca del ancestro común, el protocahuapana (Valenzuela, 2011).

3. Revisión de las metodologías aplicadas: el nuevo "método comparativo" y la triangulación

A pesar de ser una metodología controvertida, la técnica de la léxico-estadística se sigue usando para evaluar ciertas relaciones entre idiomas (cfr. Heggarty, 2010, para una redefinición de la metodología). La comparación de vocabulario puede ser útil en el caso de idiomas extintos y/o poco documentados, los cuales no se prestan para la aplicación del método comparativo. Según Alfredo Torero, el aprovechamiento del material escaso es "indispensable en ausencia —o en espera— de una documentación lingüística más completa" (1993, p. 450), combinando la comparación léxica, la "concertación de idiomas" y el análisis de la toponimia actual e histórica (1993, pp. 448-450).

Una nueva variante de este método ahora pretende ir más allá de las conclusiones establecidas por Torero, ello para postular nuevas agrupaciones de idiomas en el norte andino. Matthias Urban (2020) propone la existencia preincaica de una o varias lenguas emparentadas con el cholón en un área amplia que abarca el actual departamento de Cajamarca, así como partes de La Libertad y Amazonas. El autor postula esta área *cholonoide* que consistiría en el idioma cholón y los extintos idiomas comúnmente llamados *chacha*, *den* (llamado probablemente también *guzmango*; cfr. Andrade y Ramón, 2021) y *cat* sobre la base de un análisis de triangulación, examinando la documentación toponímica del área, el léxico de sustrato en el quechua de Amazonas y las propiedades tipológicas de las lenguas en cuestión.

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

Marcelo Pinho De Valery Jolkesky, en su tesis de doctorado (2016), examina los espacios de interacción lingüística en la prehistoria de la región tropical de América del Sur, para lo cual considera evidencias arqueológicas, antropológicas, históricas y genéticas. En cuanto al chacha, presenta indicios arqueológico-históricos de contacto del área Chachapoyas con la zona de habla cholona para luego etimologizar topónimos chachas a través del vocabulario cholón e hibito, postulando una familia chacha-cholón-hibita. Luis Miguel Rojas-Berscia recurre a un "análisis comparativo" (2020, p. 160) entre los topónimos chachas y el vocabulario del protocahuapana y sus descendientes shawi y shiwilu; propone, así, etimologías sobre algunos nombres de lugares en el área Chachapoyas y luego postula una relación genealógica del shawi y shiwilu con el chacha o un importante contacto lingüístico entre los idiomas en cuestión.

A continuación, revisaremos los elementos más notorios de los análisis realizados en los trabajos citados, examinando tanto las metodologías aplicadas en general como también algunos casos de topónimos específicos que han sido interpretados por los autores referidos, agrupados por y en contraste con algunos principios metodológicos del estudio de lenguas extintas en el contexto de la sierra norperuana.

3.1 La comparación léxica y fonética

Es la técnica más aplicada en el ámbito andino para revisar la posible existencia de una relación entre dos o más idiomas de los cuales no se conoce más que unas cuantas palabras. Según Torero, la comparación léxica no permite "ubicar [...] a una lengua dentro de la clasificación interna de una familia lingüística" (1993, p. 450). Pero las semejanzas de vocabulario sí deberían hacernos "sospechar relaciones de parentesco o de contacto" (Torero, 1993, p. 450).

La técnica requiere de un insumo fundamental: listas de palabras que permitan la identificación de posibles cognados. Con esta base, es posible formular una hipótesis acerca de la relación entre los idiomas comparados, para luego revisar indicios adicionales a favor o en contra. Este tipo de análisis comparativo es, por lo tanto, un método válido en el contexto particular de la sierra norte, siempre y cuando se cumplan los requisitos mínimos: las listas de palabras traducidas en ambos idiomas. Para los idiomas cahuapanas disponemos de diccionarios, y para el cholón existe una lista con una cantidad razonable de palabras (Alexander-Bakkerus, 2005 y 2007), mientras que para el hibito hay solo dos listas cortas de vocabulario (Martínez Compañón, 1978 [1783], II, fol. IV; Tessmann, 1930, p. 458). Pero en el caso del "chacha", el número de morfemas que hasta la fecha ha sido identificado como propiamente "chacha" es mínimo (cfr. 2.1).

Por ello, el método aplicado por Rojas-Berscia, Jolkesky y Urban, más que ser una comparación léxica propiamente dicha, constituye una interpretación de topónimos del área chachapoya a través de las respectivas lenguas de comparación sobre la base de parecidos fonéticos. Sin embargo, para la mayoría de los morfemas chachas de comparación, ningún significado ha sido propuesto. Es más, muchas veces todavía no se ha establecido su pertenencia al chacha ni definido el morfema en sí, ya que no siempre resulta obvio cómo dividir un topónimo en los morfemas que lo componen. A ello se suma la problemática de los filtros español y/o quechua por los cuales los topónimos originarios habrán pasado antes de o en el momento de ser registrados, problema que se puede mitigar mediante el análisis de topónimos similares y un extenso trabajo de campo que determina si formas parecidas constituyen palabras diferentes o variantes ortográficas de la misma palabra. Este trabajo, empero, solamente ha sido realizado para el caso de **-kat* (Valqui y Ziemendorff, 2016).

Los estudios recientes buscan, entonces, parecidos fonéticos entre tales topónimos chachas y palabras de los idiomas de comparación. Urban llama a eso "similitudes sugestivas" (2020, p. 66) y Rojas-Berscia habla de un "paralelismo innegable" (2020, p. 180), cuando realmente, en vista de la falta de evidencia de relación entre los idiomas en cuestión y el desconocimiento del vocabulario chacha, esto no pasa el nivel de la especulación. Luego, los pocos casos donde se comparan términos del área Chachapoyas de los cuales sí conocemos su significado con palabras de otros idiomas son igual de problemáticos: Rojas-Berscia (2020, p. 175) relaciona el término *Pozan* 'divinidad encarnada en un árbol' (sobre la problemática del manejo de la fuente de este término, véase 3.5) con la palabra shawi *pe'sa* 'palizada', invocando una indebida flexibilidad semántica que invalida la comparación, además de que el parecido fonético de los términos chacha y shawi también es discutible y el autor tiene que recurrir a una explicación adicional y sin sustento para justificar las diferencias.

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

El análisis del término *cushal*, el cual Rojas-Berscia relaciona con el shawi *kusharu* 'comida' (2020, p. 176), también es problemático por razones similares: primeramente, atribuirle el significado de 'comida' al término *cushal* utilizado en el área Chachapoyas ya sería extenderlo mucho, aunque no podemos descartar que en el lugar de origen de la única fuente de Rojas-Berscia la palabra haya adquirido un sentido más amplio. Sin embargo, según nuestras fuentes provenientes de varios lugares del área Chachapoyas, *cushal* describe una sopa ligera que se toma en la madrugada antes de salir al campo y que es considerada como un antedesayuno (comp. pers. Napoleón Culqui Valdez e Inocente Culqui Salon de La Jalca, Francisco Merino Vigil de Tincas, José Mercedes Yopán Zuta de Cuémal). Ello coincide con el significado que tiene *cushal* en el área culle, donde posiblemente tiene su origen (cfr. también la sección 3.2) y con la cual la relación no es discutible debido a la total coincidencia de forma y significado.

Tampoco la obvia onomatopeya *lapan lapan*, referenciada por Rojas-Berscia (2020, p. 168), constituye una comparación válida; el mismo Taylor, en su diccionario del quechua de Chachapoyas y Lamas, ya la clasifica como tal (2006, p. 126). Por ello, aunque su significado específico dado por Taylor como "'movimiento de va y viene' (lapan lapan, atest. en un texto de Yj para describir el movimiento de una piedra muy grande)" (2006, p. 126) lo convierte en un objeto atractivo para comparaciones, es incontestable que su carácter de sonido imitativo lo invalida para fines comparativos.

Como se señala en el libro editado por Robert McColl Millar, siempre encontraremos parecidos en forma y significado que parecen indicar una relación entre los idiomas examinados cuando, en realidad, se deben a la pura coincidencia o azar, y la falta de tener en cuenta este hecho es "una manifestación más de la muy difundida falta humana de comprensión de las leyes de la probabilidad" (2015, p. 206). Es más, la postulación de una relación genealógica o un contacto lingüístico sobre la base de este tipo de comparación de palabras seleccionadas, fundamentada en parecidos en forma y significado, es una metodología tan desacreditada en la lingüística histórica (Millar, 2015, p. 354) que tal comparación sin conocimiento de los significados en uno de los idiomas implicados ni siquiera ha sido considerada en el debate científico.

3.2. La etimologización a través de idiomas locales como primera opción

Al estudiar topónimos de etimología incierta, es importante tomar en cuenta los indicios de otras disciplinas —la arqueología, la historiografía, etc.—, así como los principios básicos de la composición de los topónimos (cfr. Cerrón-Palomino, 2015). Al mismo tiempo es necesario examinar el contexto lingüístico del topónimo en cuestión. En el espacio Chachapoyas encontramos —según lo que se sabe actualmente— topónimos principalmente en tres idiomas: chacha, quechua y castellano. Muchas veces, la identificación del idioma de origen de un topónimo local resulta fácil, en otros casos la situación es más compleja, por ejemplo, cuando se trata de híbridos compuestos de dos idiomas.

La regla básica sigue siendo simple: lo más probable, plausible y accesible es, muchas veces, correcto. Esto quiere decir que un topónimo encontrado en un área quechua y castellanohablante, con una toponimia donde dominan justamente estos dos idiomas, debe tratar de interpretarse a partir del quechua y/o castellano; si esta interpretación resulta contradictoria o poco plausible, recién surge la necesidad de buscar explicaciones más allá.

El topónimo *Limabamba* (Rodríguez de Mendoza, Amazonas; sobre la relación de esa provincia con el área Chachapoyas, cfr. McCray, 2017), por ejemplo, rinde una traducción perfectamente plausible a través del quechua y castellano, considerando que la *lima*, una fruta cítrica, es una especie de importancia en la zona (Dessau S&Z S. A., 2013, p. 37): "llanura de limas" (cfr. también Orosco et al., 2011, p. 94). La gran frecuencia de topónimos con referencias a frutas cítricas en los alrededores de Limabamba —como Naranjo, Naranjopata, Limón Pucro (Huambo), Lima Dulce y Naranjo (San Nicolás), Limón (Omia) y Naranjo Pata (a 4 km de Limabamba)— fundamenta esta interpretación.

También es posible, aunque menos probable, una etimología enteramente quechua del topónimo tal como también la propone Urban (2020, p. 71), a través de *Rimaq-pampa, basado en el cambio */r/ > /l/ y la sonorización de las oclusivas, ambos siendo procesos comprobados en la antigua toponimia quechua del área Chachapoyas (por ejemplo, el caso de *Raymipampa > Leimebamba; Taylor, 2000, p. 19), además de la pérdida de la posvelar final del primer

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

elemento en un proceso paralelo al que ocurrió en el nombre de la capital peruana (cfr. Cerrón-Palomino, 2000). Por lo tanto, no es necesario buscar un origen en un idioma tercero como lo hace Urban (2020), postulando una etimología cholona del primer elemento a través de *limay* 'montaña', de modo que el híbrido cholón-quechua *Limabamba* significaría 'llanura montañosa' (Urban, 2020, pp. 71-72). Adicionalmente, hay que considerar que sería difícil atribuir la raíz *lima* al chacha, pues esta no ha podido comprobarse en compuestos con las terminaciones toponímicas establecidas para el chacha y tampoco parece mostrar la tendencia monosilábica de esta lengua.

Lo mismo pasa con *musha*, término del quechua amazonense que designa a personas con ojos claros (Taylor, 2006, p. 117) —y no para personas "con piel inusualmente blanca y cabello rubio o rojizo" (Urban, 2020, p. 76; traducción propia). Su etimología quechua es convincente: considerando que la palabra se conoce como sinónimo de *misi / mishi* ("gato") en varias regiones quechuahablantes (p. ej. Nardi, 1979, p. 26) y que en América Latina es común referirse a personas con ojos claros como "gatos" (p. ej. Real Academia Española, 2021a; Miño-Garcés, 2020, s.n.; Sanabria, 1965, p. 177), además de que Taylor incluso registra "mushañaw 'apodo del que tiene ojos claros, verdes, azules'" (2006, p. 117), es obvio que se trata de una palabra de origen quechua con el significado de "(ojos de) gato". Un diccionario local incluso lo apunta así: "MUSHA.- Persona de ojos claros, sarco (ojos de gato)" (Ruiz, 2009).

En cuanto a *cushal*, la problemática es ligeramente diferente, ya que, de hecho, no es atribuible al quechua. Empero, sí se encuentra en otras zonas de la sierra norte, sobre todo en la región que fue de habla culle, la cual se ubica mucho más cerca al espacio Chachapoyas que la actual área de las lenguas cahuapanas. Willem Adelaar en sus investigaciones del culle lo registra en Pallasca y Cabana (Áncash) con el significado de 'desayuno' (1989, pp. 95-96), y Luis Andrade registra la forma alternativa *cushall* 'caldo ligero, tomado muchas veces como desayuno' (2019, p. 207). Por ello, la relación con esta zona es obvia, sin que podamos determinar en qué momento la palabra llegó a la región de Chachapoyas; incluso cabe la posibilidad de una difusión vía el castellano regional. Asimismo, es posible que la palabra se haya derivado del nombre del cushe, una variedad nativa de zapallo (*Cucurbita moschata*; Arista, 2015, p. 117) que se agrega a dicha sopa y de cuya cáscara de consistencia dura, antiguamente, se hacían cuencos para tomar sopas o bebidas.

Luego, aun cuando nos basemos en las lenguas locales para etimologizar topónimos y otros términos, todavía es necesario tomar en cuenta la relación entre ellas. En cuanto al quechua y chacha en el espacio Chachapoyas, definitivamente sabemos que han estado en contacto; esto nos lo revelan los diversos topónimos híbridos quechua-chacha. Sin embargo, todavía no se sabe cuánto tiempo duró este contacto ni cuán intensiva fue la influencia del sustrato chacha sobre el quechua local. Ciertamente resulta tentador asignar palabras de origen incierto en el quechua o en el castellano local a un sustrato chacha, tal como lo hace Urban para "musha" (2020, p. 76), y Rojas-Berscia para "cushal" (2020, p. 176).

No obstante, el caso del quechua y del chacha es más complejo: uno de los rasgos característicos del quechua amazonense —como es su acentuación en la primera sílaba de la palabra— era atribuido a un sustrato chacha; empero, ahora se torna discutible pues también pudo ser una característica conservada del protoquechua (Valqui, 2018 y 2020). En cuanto a otro rasgo llamativo del quechua amazonense, la contracción de las sílabas no acentuadas, tampoco está claro en qué momento surgió (Taylor, 2000, pp. 41-47), por lo cual no resulta posible evaluar si fue o no inducido por un sustrato chacha. Por lo tanto, según lo que sabemos hasta la fecha, aparte de unas cuantas palabras —como *solpe* o *lope* ya comentadas arriba— que son de probable origen chacha, no hay rastros confirmados de un sustrato chacha en el quechua local. En tal sentido, no podemos automáticamente atribuir palabras de origen incierto a un tal sustrato, mucho menos cuando estas palabras no cumplen con la única característica dada por cierta acerca del chacha: su tendencia monosilábica.

3.3. La comprobación de la plausibilidad de interpretaciones

Las etimologías basadas en el quechua o el castellano siempre tienen que ser fundamentadas. Solo así se evitará caer en la trampa de las etimologías populares que surgen cuando los topónimos resultan indescifrables, normalmente por la pérdida del idioma de origen (Cerrón-Palomino, 2015, p. 188).

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

En el caso del topónimo *Limabamba*, mencionado líneas arriba, es cierto que la traducción propuesta por Urban a través del cholón y quechua, 'llanura montañosa', sí tiene su equivalente quechua como *Orcopampa* (Castillo, Arequipa; Tayacaja, Huancavelica). Pero, además de estar basada en un idioma cuya presencia en el área no está comprobada, esta traducción tampoco resulta más convincente que la interpretación castellano-quechua, aumentando su improbabilidad.

Cuando se llega a una posible traducción de un topónimo, esta también tiene que ser, como lo propone Cerrón-Palomino, "posible" (2015, p. 187). Para poder evaluar la plausibilidad de la interpretación realizada, es indispensable no solo conocer el (o los) idioma(s) de origen del topónimo en cuestión, sino también tener conocimiento de las características principales de la toponimia andina: a qué elemento(s) los topónimos suelen hacer referencia, qué terminaciones y compuestos son típicos, etc. (Adelaar, 2007, p. 328).

Una construcción toponímica de *artículo posesivo* + *sustantivo* justamente no es andina; obviamente, aparte de los topónimos religiosos que no tienen relación con las tradiciones toponímicas prehispánicas; por ejemplo: Nuestra Señora de Guadalupe (Lima), así como el caso aislado de Nuestra Huata (Junín). Por lo tanto, la interpretación de Rojas-Berscia del topónimo *Kuélap* como 'nuestra piedra' (2020, p. 171) resulta improbable, sobre todo en vista de que hay muchos topónimos de la zona que empiezan con el mismo morfema *kue-* (hasta la fecha se han identificado 13; cfr. Valqui et al., 2023) que, según esta interpretación, equivaldría a 'nuestro'. Si bien el autor admite que la estructura "no es común en topónimos a nivel mundial" (Rojas-Berscia, 2020, p. 175), argumenta que la costumbre shawi de denominar elementos de relevancia cultural con el pronombre posesivo 'nuestro' haría posible su existencia; sin embargo, no proporciona ningún topónimo shawi que contenga este u otro pronombre.

No obstante, es importante indicar que, en el shawi, el posesivo que se utiliza para referirse a elementos propios en su cultura es el inclusivo *kanpu* 'nuestro' (Rojas-Berscia, 2020, p. 172; o *canpo* en Hart, 2008, p. 50) y no el exclusivo **kuja* ~ *kija* 'nosotros'. De esta última protoforma reconstruida, Rojas-Berscia recoge solamente la primera propuesta, **kuja*, sin ofrecer una explicación al respecto, argumentando que la forma *kue* se habría derivado según kuja [uwa]>[waj]>[we] mediante lo que vagamente llama "patrones de cambios frecuentes en el mundo" (2020, p. 167), sin que estos patrones se hayan evidenciado en los idiomas cahuapanas u observado en la toponimia chacha.

3.4. La atribución de palabras a un idioma de origen

En el caso de un idioma tan poco investigado como el chacha, es de suma importancia proceder con cuidado al identificar palabras pertenecientes a su vocabulario. Taylor, por ejemplo, menciona algunos términos del habla vernácula regional que no son de origen quechua, pero advierte que, para poder atribuirlos al chacha, habría que comprobar que su uso se limitaba —originalmente— al área del chacha y que no han sido derivados del quechua o castellano (2000, p. 20).

Como hemos visto, las palabras para las que Urban (2020) postula un origen 'cholonoide' no son exclusivas de la región chachapoya: 'Lima' aparece en diversos topónimos a lo largo de los Andes e incluso está registrada en el diccionario de la Real Academia Española (2021b), y "musha" también figura en otras variedades quechuas (por ejemplo Nardi, 1979, p. 26). Aun sin conocer su etimología y/o significado, tal difusión del vocabulario siempre constituye un fuerte indicio de que probablemente no se trata de palabras locales.

Rojas-Berscia también analiza topónimos que aparecen una sola vez en el área chachapoya e igualmente existen fuera de ella, por lo que difícilmente se las puede clasificar como "chacha": *Lilic* en Chuquibamba (Stiglich, 2013 [1922], p. 57); *Liclic* en fuentes incluso más tempranas (1889 - Archivo Regional de Amazonas, 2010, p. 464), es consistente con otros topónimos en el área chacha y fuera de ella, posiblemente relacionados con el ave liclic (*Vanellus resplendens*).

Asimismo, para el posible morfema *Guaya-* (del antropónimo *Guayamil*, el nombre de un famoso curaca local en tiempos de la conquista española) (Rojas-Berscia, 2020, p. 75), su gran frecuencia en el área andina en las formas *Guaya*, *Huaya* o *Hualla* a lo largo de los Andes en la antroponimia y toponimia (por ejemplo Guayaquil, Ecuador; Huayllabamba, Perú), así como su asociación con el idioma puquina en diversas variaciones (Cerrón-Palomino, 2016, p. 23) lo invalidan para un análisis comparativo de sonidos entre idiomas. Lo mismo vale para el primer morfema

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

del topónimo *Pangamal*, el cual Rojas-Berscia interpreta a través del shawi (2020, p. 174) y Urban a través del cholón (2020, p. 71); como el uso de *panga* no se limita al área chachapoya, debemos suponer una raíz quechua. En el cercano quechua de Ecuador encontramos *panka* 'hoja' (Ministerio de Educación Ecuador, 2009, p. 110), proveniente del protoquechua **panqa* 'hoja que envuelve el maíz' (Emlen y Adelaar, 2017, p. 34; traducción propia), además de *panka allpa* 'terreno virgen apto para sembrar' (Ministerio de Educación Ecuador, 2009, p. 228), que podría ser el equivalente directo del híbrido quechua-chacha *Panga-mal*.

Hay un problema similar en Jolkesky (2016), quien compara el topónimo *Uchumal* —del cual por cierto no hemos podido encontrar referencia alguna y Jolkesky no señala fuente ni registro para los topónimos— con la palabra cholona *(m)uch / (m)uč* 'ají, pimienta' (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 243), cuando de comprobarse que existe dicho topónimo en el territorio chacha, este podría explicarse desde el quechua *uchu*, seguido por la terminación típicamente chacha, *-mal*. No sería sorprendente encontrar ese préstamo quechua en el cholón. Urban postula un origen diferente para las alternativas cholonas *uch* y *much* sin dar argumentos al respecto (2020, p. 71), pero esta cuestión resulta difícil de resolver frente a los diversos cambios en las raíces nominales en la declinación cholona.

Ello ilustra que, incluso para los términos de probable origen quechua, fácilmente se encuentran etimologías a través del cholón o los idiomas cahuapana, con base en posibles coincidencias o parecidos fonéticos.

3.5. El uso crítico de las fuentes históricas

Para la investigación de idiomas extintos, los documentos históricos pueden contener datos muy valiosos; por ejemplo, topónimos y antropónimos antiguos que han sido reemplazados o modificados en el transcurso de los siglos, registros de vocabulario, datos generales sobre la extensión del idioma, etc. Pero estas fuentes suelen ser problemáticas, sobre todo en el registro de antropónimos y topónimos indígenas, ya que se trata de fuentes manuscritas que con frecuencia están deterioradas, además de que el sistema ortográfico colonial no tenía las herramientas para transcribir sonidos ajenos al castellano (Chinchilla, 1995). Una fuente adicional de errores surge de las copias elaboradas de manuscritos originales. Es crucial averiguar el contexto de un manuscrito antes de usarlo, así como evaluar su fiabilidad, por ejemplo, comparando los topónimos ahí registrados y su grafía con fuentes modernas y/o de la misma época. Muchas veces incluso ya existe literatura secundaria al respecto.

El documento citado por Urban que contiene el topónimo *Opipuy* (2020, p. 71) ilustra esto: fue elaborado por el cronista mayor Juan López de Velasco, quien lo copió de otro manuscrito, ya que él mismo nunca visitó las colonias (Berthe, 1998, p. 156). Su listado de repartimientos y pueblos de Chachapoyas presenta una cantidad tan extraordinaria de errores ortográficos que apenas resulta posible correlacionar unos cuantos topónimos con otras fuentes (López, 1894 [1571-1574], pp. 472-473). Por lo tanto, ya está claro que la información del documento debe ser usada con muchísimo cuidado; y de hecho un lugar con el nombre de *Opipuy* (o una variante de él) no aparece en otra fuente, por lo que debe ser descartado para fines lingüísticos, ya que probablemente se trata de una corrupción del topónimo *Pipus / Pipos* (San Francisco de Daguas, Chachapoyas) (cfr. Espinoza, 1967, p. 232).

Otra fuente que debe ser utilizada desde una perspectiva crítica es el documento elaborado por el extirpador de idolatrías Cristóbal de Albornoz en 1572, del cual Rojas-Berscia extrae el topónimo 'Coyallap' (Duviols, 1967, p. 33), una variante del conocido topónimo de *Kuélap*. Rojas-Berscia propone la grafía "Coyallap ayllu" como forma original del topónimo para evidenciar que la sílaba inicial de *Kuélap* habría sido derivada del protocahuapana *kuja* (2020, p. 167). Pero esta grafía no aparece en ningún otro documento, además de que la literatura secundaria acerca de la fuente en cuestión destaca sus numerosos errores (Rowe, 1981, p. 253; Schjellerup, 2005, p. 122). Finalmente, puesto que el término *Cuelap* aparece en documentos más tempranos tal cual, por ejemplo en 1558 (Ruiz, 2010, p. 48) y en 1572 (Biblioteca Nacional del Perú, 1577, pp. 155, 158), sería un anacronismo asumir que Albornoz usara una variante anterior del topónimo. Además, la grafía *Cuelap* aparece en docenas de documentos de la época colonial del Archivo Regional de Amazonas, sin que jamás se escriba en la forma —obviamente mal transcrita— que utiliza Albornoz.

Por las razones expuestas, el otro término registrado por Albornoz, *Pozan* (véase también 3.1), se debe tratar con las mismas precauciones, además de

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

que Rojas-Berscia (2020, p. 175) no lo extrae del original, sino de una fuente que cita mal al extirpador de idolatrías, cambiando la versión de Albornoz "Pozan, guaca de los dichos chachapoyas del ayllo coyllac, es un árbol sobre un cerro junto al pueblo de coyallap" (Duviols, 1967, p. 33) por una "divinidad llamada Pozan encarnada en un árbol, ubicado en la cumbre de un cerro" (Ruiz Estrada y Ruiz Rubio, 2010, p. 46). Como veremos en 3.8, el manejo de publicaciones e investigaciones contemporáneas debe ser igual de crítico y cuidadoso que el manejo de fuentes históricas.

3.6. La evaluación de todos los indicios de otras disciplinas: la triangulación

La triangulación, método aplicado por Urban (2020), consiste en contrastar evidencias de diferentes campos y fuentes para constatar si todas apuntan en la misma dirección. Puede constituir una herramienta muy útil en el contexto norandino debido a la escasez de material. Torero recomienda siempre tomar en cuenta las informaciones adicionales, una vez realizada la comparación léxica: "La propuesta de relación de alguna de las listas léxicas con una determinada lengua o familia será más plausible cuando exista proximidad geográfica o cuando la lengua o familia sugerida haya mostrado mucha fuerza expansiva" (1993, p. 450). Al mismo tiempo advierte que son justamente estos factores que aumentan la posibilidad de un contacto más intenso entre idiomas y, por lo tanto, la probabilidad de la existencia de préstamos (1993, p. 450), y mientras sí encontramos evidencias de movimiento de los hablantes de los idiomas en cuestión (Rojas-Berscia, 2020 —para los idiomas cahuapanas—; Alexander-Bakkerus, 2005 —para el cholón—), no hay indicios de "fuerza expansiva", y la proximidad geográfica también queda especulativa sobre todo en el caso de los idiomas cahuapanas.

Otros campos de investigación a tomar en cuenta en nuestro caso son evidentemente la arqueología y la documentación histórica, además de los hallazgos genéticos recientes (Barbieri et al., 2017; Guevara et al., 2016). Hay evidencias de contacto entre los chachapoya y los pueblos en cuestión: se halló cerámica de estilo chachapoya en el territorio actual de los shawi (Rivas, 2003); en cuanto a los cholones, compartían una frontera con los chachapoya por lo menos en la época colonial temprana, pero probablemente antes, y estaban en contacto no siempre amistoso (Church, 1996, pp. 160-174). Estas evidencias justificarían la búsqueda de indicios de contacto a nivel lingüístico si todos los idiomas en cuestión contaran con la documentación suficiente, además de que en este contexto cabe indicar que los contactos documentados y la frontera chachapoya-cholón se limitan al área sur, donde vestigios del idioma "chacha" aún no han sido documentados.

Como advierten Kuorikoski y Marchionni, lo que debe preocuparnos al aplicar el método de la triangulación son los "errores y sesgos en los procesos específicos en juego" (2016, p. 228; traducción propia), ya que dichos procesos deben ser independientes para garantizar que la triangulación aumente la fiabilidad acumulada de fenómenos inferidos (2016, p. 232). La investigación de Urban (2020), sin embargo, presenta el mismo sesgo en sus tres 'pilares': el de asumir una presencia de palabras cholonas o 'cholonoides' en el área de los chachapoya para luego buscar comprobarla, en vez de inferirla de la data disponible; todo esto, además, sin que uno de los pilares de indicios se base en otra disciplina que la lingüística.

El levantamiento de los datos de Urban —al igual que los de Rojas-Berscia (2020) y Jolkesky (2016)— también presenta un sesgo: en el primer pilar de su triangulación, de todos los topónimos del área chachapoya solo escoge los que se prestan para una interpretación a partir del cholón por el parecido fonético, sin dar cuenta de que su porcentaje es mínimo. Además, los indicios presentados no comprueban la continuidad geográfica de los morfemas toponímicos que el autor postula: para comenzar, el topónimo cholón *Axuacot* se ubica, como dice el mismo autor, "bastante cerca del área Chachapoyas" (2020, p. 70; traducción propia), pero todavía fuera de ella, además de que la terminación *-cot* se relaciona en primer lugar con el área *cat,* el cual no se limita al área chacha, sino más bien parece ser un vestigio de un idioma todavía más antiguo y de difusión considerable (Torero, 2002, pp. 371-372; Torero, 1989, pp. 234-238). Por ello, para determinar la extensión de la terminación toponímica chacha ***-kat***, habrá que basarse en las variaciones típicamente chachas de este morfema, es decir *-gach(e)*, *-got(e)*, etc. (Valqui y Ziemendorff, 2016). La relación entre este morfema y la palabra cholona *cot* 'agua' también ya ha sido discutida por Torero (1989, pp. 236-237).

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

Luego, para la extensión de la terminación chacha *-mal*, el autor presenta solamente dos ejemplos: *Chamal*, registrado por Mogrovejo en tierras de cholones, y *Xenquiman*, originalmente apuntado como 'Xenquimal', en una nota agregada al *Arte* por un autor desconocido (Urban, 2020, p. 72). La otra supuesta terminación toponímica chacha *-puy*, la cual Urban relaciona con cholón *-pey* 'tierra' (2020, pp. 71-72, 74), solamente aparece en el antropónimo *Puymal* (Zevallos, 1966, p. 15) y en los topónimos *Puymal / Puemal* (Colcamar, Luya) y *Puyan* (Levanto, Chachapoyas), pero nunca como terminación, además de que todavía no se ha identificado con seguridad como elemento perteneciente al idioma chacha (Ruiz, 2011). Recordemos que el origen de la palabra *Chachapoyas* todavía no ha podido ser atribuido con seguridad a uno o varios idiomas (cfr. Lerche, 1995, pp. 28-29). En el segundo pilar de su argumentación, el autor trata de identificar léxico del sustrato chacha en el quechua local, pasando por alto el vocabulario atribuido al chacha para analizar otras palabras cuyo origen quechua está comprobado o, por lo menos, no puede ser descartado (véase 3.2), pero que, por el parecido fonético, se prestan más para proponer una etimología cholona.

Finalmente, el tercer pilar de la triangulación, la prueba de congruencia entre la toponimia, antroponimia y el léxico, resulta poco convincente: Urban nota que los idiomas chacha, den y cat demuestran "una incidencia más alta de raíces monosilábicas que el quechua" (2020, p. 78), cuando en realidad, en el caso del chacha, no tenemos evidencias de una coexistencia de raíces mono- y disilábicas —sin poder descartarla tampoco— (cfr. Taylor 2000, pp. 14-15). Asimismo, en los demás aspectos que considera el autor, como ciertos aspectos fonotácticos, demuestra correctamente que el chacha —tanto como el cholón, el hibito, el den y el cat— se diferencia del quechua, pero el valor probatorio de estas observaciones es mínimo.

Para llevar la triangulación a un nivel menos especulativo sería necesario comparar, en cuanto a la toponimia, topónimos cholones con topónimos chachas para identificar paralelos que sí podrían permitir postular algún contacto —o más— entre los dos idiomas. Ahí, de hecho, encontramos algunos parecidos entre los pocos topónimos cholones recogidos hasta la fecha (cfr. Alexander-Bakkerus, 2007, p. 232; Andrade, 1996, p. 178) y la toponimia chacha; por ejemplo, el primer morfema de *Zalcot* "río negro" aparece en el topónimo chachapoya *Cacsal* (distrito de Chiliquín, provincia de Chachapoyas, Amazonas), y el segundo elemento *cot* ya se ha discutido líneas arriba.

Empero, aparte de ello, resulta difícil identificar paralelos más allá de coincidencias fonéticas. La comparación también demuestra que no existe ningún topónimo cholón conocido que termine en *-mol*, la palabra cholona que según Jolkesky (2016, p. 241) y Urban (2020, p. 70) sería el equivalente de la frecuente terminación chacha *-mal*. La misma comparación debería realizarse entre el área Chachapoyas y los territorios de los idiomas cahuapanas, con la finalidad de, ahí también, comprobar si de verdad existen paralelos en la toponimia y no solo parecidos fonéticos. Aparte de la toponimia, una triangulación fundamentada debería incluir datos arqueológicos e historiográficos, considerando que los datos lingüísticos son tan escasos. Los datos y hallazgos de dichas disciplinas, analizados por Jolkesky, indican según este autor "contactos estrechos" —probablemente comerciales— entre pueblos del área Chachapoyas y los hibito-cholones (2016, pp. 235-241).

3.7. La investigación de topónimos desconocidos y la importancia del trabajo de campo

La asignación de significados a topónimos chachas es un asunto laborioso. El único procedimiento posible es la "observación de los referentes geográficos más frecuentes a los que aparece asociado el componente" (Andrade, 2019, p. 88). Pero, al aplicar esta metodología, es necesario tomar en cuenta que, con el paso de los años, es común que el nombre de un elemento se transponga en otro, además de que "el prisma [...] sesgado por las concepciones modernas" (Andrade, 2019, p. 88) desde el cual se mira la geografía local complica aún más la interpretación de los topónimos.

Por estas razones, la utilización del listado de poblados del Instituto Nacional de Estadística e Informática (2015) y los registros de ríos, montañas, etc. (ESCALE, 2017), es problemática especialmente en el caso de elementos toponímicos menos frecuentes, y se suele requerir un trabajo de campo no solamente para documentar topónimos adicionales sino también para identificar el referente correcto u 'original' del topónimo en cuestión. La consulta de fuentes históricas, por supuesto, puede proporcionar más insumos.

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

En tal sentido, la interpretación de un referente a través de otro idioma posiblemente relacionado, sin examinarlo en campo, resulta deficiente; es el caso de la interpretación que da Jolkesky para el topónimo chacha *Osmal* (La Jalca, Chachapoyas) como "valle de las calabazas" (2016, p. 241). Es posible que en ese lugar se pueda cultivar zapallo, pero de ninguna manera se trata de un valle. Es más, la traducción de *-mal* como "valle" queda descartada por el trabajo de campo que ya ha demostrado que la mayoría de sitios con esta terminación son cerros, laderas, quebradas, lagunas y pampas, sin que se haya encontrado un valle (Valqui y Ziemendorff, 2016).

La propuesta de Rojas-Berscia (2020, p. 168) referente a *-mal* es problemática por razones similares. El autor descarta explícitamente la propuesta de significado basada en el trabajo de campo referido, a favor de una traducción a través del protocahuapana y shawi moderno como "llanura" o "suelo", considerando este significado "más probable" (Rojas-Berscia, 2020, p. 168), sin base en algún trabajo de campo. Pero las observaciones realizadas en campo deberían pesar más que interpretaciones hipotéticas a través de otro idioma, además de que el mismo autor cita un ejemplo que contradice su interpretación (Rojas-Berscia, 2020, p. 159): el topónimo *Mashmal*, una pendiente con caverna (Valqui y Ziemendorff, 2016, p. 21).

Lo mismo pasa en la interpretación del topónimo *Shubet* (un cerro). Según Rojas-Berscia, este tendría un parentesco con la palabra shawi *shu'pi'* 'caracol', basado en la interpretación de que el nombre del cerro estaría basado en el petroglifo de un caracol en su cima (2020, p. 175). Esta interpretación resulta altamente improbable: en primer lugar, el autor no comprueba si el topónimo *Shubet* pertenece al chacha (lo que es posible); luego, postula que el petroglifo se asemeja a los de Cumpanamá, cuando estos en realidad son fundamentalmente diferentes, antes de concluir que ese representa un caracol, interpretación de la cual discrepamos no solo nosotros (que lo hemos visto en persona), sino también cualquier investigador que lo haya mencionado, ya que se trata de la representación de una serpiente (Lerche, 1995, p. 44; Koschmieder, 2012, p. 120; Von Hagen, 2008, p. 8). Al contrario de caracoles, el motivo de la serpiente es recurrente en la iconografía chachapoya y fue de gran importancia en la cosmovisión de los pueblos regionales (Koschmieder, 2012, p. 120; Von Hagen, 2002, p. 63). Finalmente, Rojas-Berscia compara *Shubet* con una palabra shawi actual, de la cual no se sabe si proviene del protocahuapana y que, además de ello, difiere considerablemente del topónimo chachapoya, de modo que será necesario descartar esta hipótesis por completo.

3.8. El manejo cuidadoso de fuentes y la citación objetiva

Es evidente que no solamente las fuentes históricas tienen que ser evaluadas y utilizadas de manera cuidadosa y desde un punto de vista crítico (véase 3.4), sino que lo mismo aplica para documentos modernos, sobre todo cuando las investigaciones llegan a resultados contradictorios o los trabajos realizados contienen inconsistencias internas. De ahí surge la necesidad de indagar los aspectos controvertidos con más profundidad, revisando también las fuentes originales.

Al citar una fuente, no hay lugar para interpretaciones personales y es imprescindible copiar otros trabajos con precisión. Jolkesky (2016) lamentablemente no marca los cambios que realiza al copiar el material original del cholón ni indica el motivo de estos cambios, lo que convierte su tabla comparativa entre el cholón y el chacha (p. 241) en un elemento muy problemático, ya que muchas palabras cholonas de la tabla no corresponden ni a la escritura original de De la Mata (Alexander-Bakkerus, 2007) ni a la transcripción propuesta por Alexander-Bakkerus (2005).

Primeramente, la traducción de la terminación *-mal* como "tierra, valle" discrepa del supuesto equivalente cholón *mol*, traducido por Jolkesky como "tierra, suelo", cuando, en realidad, significa "solar" o "día" (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 243). Si bien es cierto que Alexander-Bakkerus (2005) traduce *mol* como "(solar) day" y "ground" (p. 362), también cita a De la Mata con la traducción más exacta de *mol* al castellano, "solar", en el mismo trabajo (2005, p. 482), proporcionando el contexto en el cual se debe interpretar la traducción libre de "ground".

Luego, se observan diversas modificaciones parecidas, sin explicación ni marca por parte del autor. En cuanto a la propuesta de traducir *Longate* como 'río de hombres'", si bien *kot* ('agua' en cholón) puede llegar a significar 'río' en topónimos (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 232), De la Mata registra *nun* para 'varón' (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 243) y *hayu* para 'hombre' (Alexander-Bakkerus, 2007, p.

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

238), mientras que Martínez Compañón ya traduce *num* como 'hombre' (1978 [1783], II, fol. IV), y es recién en la lista de Tessmann que *lun* está registrado como 'hombre' (1930, p. 547). Considerando la mayor antigüedad de la recopilación de De la Mata, esta es la fuente indicada para interpretar topónimos preincaicos, y el resultado de esta interpretación, 'río de varones', debería ser sujeto a una prueba de plausibilidad (véase 3.2). Asimismo, la traducción de *ul* como 'culebra' es otro cambio sin marcar, ya que, según De la Mata (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 244), 'culebra, víbora' es *oulum / owlum* en cholón, y las fuentes posteriores no registran este vocablo.

Y en cuanto al famoso topónimo *Kuélap*, Jolkesky lo divide en la palabra *kueʎ* 'pared' y *-(a)p* 'DLT' (2016, p. 241), y llega a la conclusión de que significaría 'lugar de paredes = fortaleza'. Sin embargo, esta interpretación es difícil de sustentar. Inicialmente, De la Mata registra *quell / quill* para 'pared, quincha' (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 236); aplicando las normas de transcripción elaboradas por Alexander-Bakkerus (2005, p. 87), la palabra debe ser transcrita como [keʎ]. Luego, Jolkesky lamentablemente no define su clasificación de la terminación "-(a)p" como "DLT" en su listado de abreviaciones. De todas maneras, *-(a)p* es un marcador del ablativo, el cual se traduce como 'tras', 'desde' o 'de' (Alexander-Bakkerus, 2005, p. 135), lo que hace improbable la traducción propuesta por Jolkesky como 'lugar de', considerando que las demás funciones del ablativo en el idioma latín, referenciado por De la Mata, se expresan en el cholón a través de otras terminaciones (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 42).

3.9. La ponderación de evidencia positiva y negativa

Una investigación citada siempre tiene que ser considerada en su totalidad, sin dejar parte de ella de lado, aun cuando esta no coincida con las hipótesis de trabajo o los resultados de la propia investigación. Urban (2020) sí cita los hallazgos de Taylor (2000), pero pasa por alto la mención del topónimo *Yulmal* en la misma publicación; en vista de que ninguna otra fuente registra un lugar con el nombre de *Yolmal* —topónimo extraído por Urban de la crónica problemática de López de Velasco (véase 3.5)—, pero sí existe *Yulmal*, es obvio que se trata del mismo topónimo y que, debido a la ortografía problemática del cronista, se habrá de dar preferencia a la forma documentada por Taylor. Este autor menciona que el primer elemento del topónimo, *yul*, se refiere a un árbol local (Taylor, 2000, p. 24), lo que Urban omite interpretándolo a través del cholón *yel* 'sal'. Rojas-Berscia (2020) procede de la misma forma cuando en su introducción cita varias fuentes (Adelaar, 1989; Andrade, 2019), cuyas referencias sobre "cushal" luego pasa por alto.

También debe darse cuenta de contradicciones en las investigaciones en las cuales uno fundamenta su trabajo, siempre consultando las fuentes originales. Urban se basa en el trabajo de Jolkesky que le sirve como "uno de los puntos de partida" de su investigación (2020, p. 70), sin notar los diversos problemas de la tabla original de Jolkesky, discutidos líneas arriba. Como bien advierte Millar (2015), es fundamental desconfiar de trabajos que se basan en datos copiados de diccionarios bilingües sin un amplio conocimiento de los idiomas en cuestión, los cuales muchas veces terminan en un "desastre" (Millar, 2015, pp. 208-209). Además, por basarse en la lista de vocabulario cholón-inglés, en Alexander-Bakkerus (2005), en vez de consultar el *Arte* de De la Mata (Alexander-Bakkerus, 2007), Urban perpetúa el malentendido de traducir *mol* simplemente por "ground" (suelo), sin considerar el contexto (véase acápite anterior).

Es más, Urban (2020, p. 77) sí cita una palabra modificada en Jolkesky (2016, p. 241) cuando este anota *ul* para 'culebra' en vez de *oulum* (Alexander-Bakkerus, 2007, p. 244), pero la clasifica de 'interpretación'. Consideramos que sin más fuentes acerca del cholón, el vocabulario dado por De la Mata no da lugar a interpretaciones más allá de las normas de pronunciación y transcripción propuestas por Alexander-Bakkerus (2005), cuando incluso Aurelia Gutiérrez, una hablante recordadora entrevistada por la autora en 1996, proporciona [o:ʔlum] como traducción de 'serpiente' (Alexander-Bakkerus, 2005, p. 526). Hay que tomar en cuenta también que *ul* tiene otro significado en el cholón moderno: Tessmann lo registra como 'yuca' (1930, p. 547).

Finalmente, también hay que resaltar que, considerando su objetivo de comparar el idioma chacha con el protocahuapana, se debe tener especial cuidado cuando Rojas-Berscia recurre a palabras del shawi o shiwilu actuales, ya que, si no se ha podido reconstruir la palabra protocahuapana por falta de cognado en el shawi y el shiwilu, debemos dudar del

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

origen cahuapana de tales palabras (cfr. Campbell y Kaufman, 1983). Ello vale también para el análisis de Jolkesky que recurre a palabras hibitas cuando estas no coinciden con su equivalente en el cholón, sin dar cuenta de las discrepancias, además de que, para comenzar, la relación genealógica entre el cholón y el hibito no está confirmada, aunque la mayoría de autores que han tratado del tema se inclina a su favor (Alexander-Bakkerus, 2005, pp. 22-24).

Otro problema consiste en invalidar evidencia negativa a través de argumentos irrefutables: Rojas-Berscia sostiene que el chacha, a pesar de los resultados de investigaciones anteriores, en realidad no habría sido monosilábico, sino que el aparente carácter monosilábico se debería más bien a procesos fonológicos internos, sobre todo la reducción de vocales, basándose en la presencia de este proceso en el quechua local (2020, p. 171). Pero no hay ningún indicio a favor de esta hipótesis y tampoco hay datos que hagan suponer que la caída de vocales haya sido un fenómeno relevante en el chacha. Coincidimos con Taylor (2000), en que las composiciones silábicas más frecuentes (p. 16), así como la rareza absoluta de grupos con más de dos consonantes (p. 17), las cuales sí ocurren con frecuencia en el quechua local (pp. 50-51), más bien indican lo contrario.

Para concluir, hay que reiterar que se trata de una cantidad mínima de topónimos chachapoya que parecen prestarse para la interpretación a través de otro idioma, observación que no hay que dejar de lado al ponderar los argumentos a favor y en contra de las hipótesis presentadas. La gran mayoría de los topónimos de la zona no tienen ningún parecido con los idiomas en cuestión, ni mucho menos con los topónimos de las áreas donde se habla(ba)n las lenguas comparadas con el chacha. La cantidad mínima de palabras 'interpretables', aun sin descontar las diversas inconsistencias y especulaciones en los trabajos discutidos, está lejos de poder ser considerada realmente "productiva" (Urban, 2020, p. 72); es más, no pasa el nivel de coincidencias fonéticas.

4. Discusión

No ha sido posible discutir más que una selección de argumentos que Rojas-Berscia (2020), Urban (2020) y, en menor grado, también Jolkesky (2016) presentan a favor de una relación entre el chacha y otros idiomas, así como aproximadamente la mitad de las interpretaciones de topónimos chachas que propone cada autor, ilustrando las estrategias aplicadas para comprobar las hipótesis respectivas. Ello, sin embargo, no implica que los argumentos y las 'etimologizaciones' restantes sean menos controvertidos.

De todas maneras, lo que ha quedado claro es que la metodología de los tres trabajos está basada en la equivocación fundamental de que, sin evidencia alguna de una relación genealógica o contactos intensos entre el chacha y los demás idiomas considerados en el análisis, una 'etimologización' de topónimos y términos chachas tenga valor probatorio de justamente esa relación que, en realidad, constituye el requisito básico para emprender un análisis comparativo como lo hacen los autores referidos. Además de ello, en ninguno de los casos mencionados, se trata de una evaluación abierta de todos los datos disponibles, sino que cada autor presenta solamente datos seleccionados e indicios parciales a favor de la hipótesis respectiva, ignorando u omitiendo los indicios que apuntan en otra dirección.

Los ejemplos comentados en el presente artículo han mostrado que en muchos de ellos se ha dejado de lado no uno, sino varios principios de la toponimia y lingüística histórica a la vez, para armar, en algunos casos, cadenas argumentativas de las cuales cada eslabón carece de fundamento, como en el caso de *Shubet* y *Pozan*, analizados por Rojas-Berscia (2020). Las hipótesis de parentesco o contacto que presentan los autores son indiscutibles en sí; a falta de material sobre el idioma chacha, no podemos ni confirmar ni refutar ninguna de ellas, y esto tampoco ha sido el propósito del presente artículo. Por supuesto existe la posibilidad de que el chacha esté relacionado con uno de los idiomas de su —más o menos inmediata— vecindad. Las referencias históricas y arqueológicas constituyen un punto de partida interesante, pero desde la perspectiva lingüística, en las publicaciones referidas no hemos podido encontrar argumentos convincentes.

A fin de superar el nivel de las especulaciones, las investigaciones, en un primer momento, deben centrarse en identificar más morfemas toponímicos del chacha y los demás idiomas extintos norandinos, con su respectivo significado, para contar con una base más amplia. Aparte de la toponimia y antroponimia, los idiomas actuales de las áreas en cuestión pueden ser una fuente de posibles vestigios de idiomas extintos;

https://doi.org/10.30920/letras.94.139.2

pero en el caso del quechua amazonense, se requieren investigaciones más rigurosas, evitando conclusiones precipitadas acerca de la importancia y rol del sustrato chacha, así como el origen de palabras no nativas.

Seguramente, la calidad de la documentación de algunos pocos idiomas de la región es una base atractiva para comparaciones con idiomas poco o no documentados. También es comprensible el afán de clasificar el idioma perdido de los pueblos del área Chachapoyas. Pero la falta de documentación de su idioma significa que es indispensable tener cuidado al formular cualquier hipótesis acerca de contactos y relaciones genealógicas, especialmente en vista de los abusos que ya ha sufrido la investigación toponímica (véase Cerrón-Palomino, 2015, p. 185). El trabajo de campo sigue siendo imprescindible y se debería darle preferencia, evitando de enfocarse en resolver las 'grandes preguntas' acerca del chacha sin la fundamentación debida.

5. Conclusiones

La revisión de las metodologías aplicadas en los estudios recientes ha demostrado que es fundamental tomar en cuenta los siguientes puntos al analizar el chacha —y otros idiomas extintos de la sierra norte— para llegar a conclusiones válidas:

1. Reservar el método de la comparación léxica para idiomas de los cuales existen listas de palabras traducidas y abstenerse de comparar palabras y topónimos de significados desconocidos solo sobre la base de parecidos fonéticos.
2. Antes de atribuir un topónimo o un elemento toponímico a un idioma cuya presencia no está comprobada en la zona, descartar de manera cuidadosa un origen en los idiomas documentados en el área en cuestión.
3. Siempre realizar una prueba de plausibilidad de la traducción propuesta para el contexto específico.
4. Realizar una investigación a fondo acerca del origen de palabras candidatas a constituir vestigios del idioma extinto en cuestión para determinar si, de hecho, no se pueden atribuir a los idiomas vigentes, no son préstamos de idiomas vecinos y tampoco tienen una distribución mucho más amplia que el área del idioma en cuestión.
5. Analizar y contextualizar las fuentes históricas desde un punto de vista crítico y tratar de manera cuidadosa los topónimos de aparición aislada y sin rastro en la toponimia actual.
6. Tomar en cuenta todos los resultados de investigaciones de otras disciplinas antes de llegar a conclusiones aisladas que podrían verse dificultadas o imposibilitadas por indicios o evidencias tanto de otras investigaciones lingüísticas como de otras disciplinas como la historia, arqueología y genética.
7. Recurrir al trabajo de campo afín de definir el significado de morfemas toponímicos.
8. Tratar los resultados y conclusiones de otras investigaciones con el cuidado necesario, siempre con la opción de discutirlas desde un punto de vista crítico.
9. Contextualizar los propios hallazgos dentro del campo de investigación mediante una ponderación que no solo considera la evidencia encontrada a favor de la hipótesis postulada, sino también los indicios en contra.

Por ahora, simplemente no contamos con los insumos necesarios para realizar comparaciones de léxico entre el chacha y otros idiomas extintos de la región. Así, no tenemos la posibilidad de llegar a contestar las preguntas fundamentales acerca de las relaciones genealógicas del idioma sin antes dedicarnos al laborioso pero indispensable trabajo de campo y la investigación rigurosa de todas las fuentes disponibles.

Referencias bibliográficas

Adelaar, W. F. H. (1989). En pos de la lengua culle. En R. Cerrón-Palomino y G. Solís Fonseca, *Temas de Lingüística Amerindia* (pp. 83-105). CONCYTEC, GTZ.

Adelaar W. F. H. (2007). The importance of toponymy, family names and historical documentation for the study of disappearing and recently extinct languages in the Andean region. En W. L. M. Wetzels, *Language Endangerment and Endangered Languages. Linguistic and Anthropological Studies with Special Emphasis on the Languages and Cultures of the Andean-Amazonian Border Area* (pp. 325-331). CNWS Publications.

Alexander-Bakkerus, A. (2005). *Eighteenth-century Cholón* [Tesis para optar por el grado de Doctor de Filosofía], Universidad de Leiden. https://hdl.handle.net/1887/3772

Alexander-Bakkerus, A. (2007). *Pedro de la Mata, Arte de la lengua cholona (1748)*. Vervuert Verlagsgesellschaft.

Andrade Ciudad, L. (1996). Pedro de la Mata. Arte de la lengua cholona (1748). *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua, 27*, 171-180. https://doi.org/10.46744/bapl.19960102.009

Andrade Ciudad, L. (2019). *El castellano andino norperuano. Una historia lingüística y social*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto de Estudios Peruanos.

Archivo Regional de Amazonas. (2010). *Catálogo. Causas civiles - Republica Partido de Chachapoyas. Siglo XX,* Tomo I. Chachapoyas: Dirección del Archivo Regional de Amazonas.

Arista Montoya, L. A. (2015). *Chachapoyas, cocina tradicional*. Cartolán.

Barbieri, C., Sandoval, J. R., Valqui, J., Shimelman, A., Ziemendorff, S., Schröder, R., Geppert, M., Roewer, L., Gray, R., Stoneking, M., Fujita, R. & Heggarty, P. (2017). Enclaves of genetic diversity resisted Inca impacts on population history. *Scientific Reports, 7*(1), 17411. https://doi.org/10.1038/s41598-017-17728-w

Berthe, J. P. (1998). Juan López de Velasco. Cronista y Cosmógrafo del Consejo de Indias: su personalidad y su obra geográfica. *Relaciones 75*(19), 142-172.

Biblioteca Nacional del Perú. (1577). *Expediente sobre la causa seguida por Francisco Huamán contra Alonso Chuquymys y Gómez, por la posesión del repartimiento de Leymebamba y Cochabamba, encomienda de Francisco de Guevara*. Manuscrito, signatura A 585.

Campbell, L. y Kaufman, T. (1983). Mesoamerican Historical Linguistics and Distant Genetic Relationship: Getting It Straight. *American Anthropologist, 85*(2), 362-372. https://doi.org/10.1525/aa.1983.85.2.02a00080

Cerrón-Palomino, R. (2000). Nota etimológica: El topónimo *Lima*. *Lexis 24*(1), 151-162.

Cerrón-Palomino, R. (2015). Toponimia andina: problemas y métodos. *Lexis, 39*(1), 183-197. https://doi.org/10.18800/lexis.201501.006

Cerrón-Palomino, R. (2016). El lenguaje como hermenéutica en la comprensión del pasado: a propósito del puquina en la génesis del imperio incaico. *Diálogo Andino, 49*, 11-27. https://doi.org/10.4067/S0719-26812016000100004

Chinchilla, R. H. (1995). Los estudios ortográficos de Nebrija y su influencia sobre el estudio de los idiomas indígenas en América. *Revista Iberoamericana, 61*(170), 119-130. https://doi.org/10.5195/REVIBEROAMER.1995.6398

Church, W. B. (1996). *Prehistoric Cultural Development and Interregional Interaction in the Tropical Montane Forests of Peru* [Tesis para optar por el grado de Doctor en Filosofía]. Universidad de Yale.

Dessau S&Z S. A. (2013). *EIA de la Central Hidroeléctrica Amazonas. Resumen Ejecutivo*. Ministerio de Energía y Minas. http://www.minem.gob.pe/descripcion.php?idSector=2&idTitular=7585

Duviols, P. (1967). Un inédit de Cristobal de Albornoz: La instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haziendas. *Journal de la Société des Américanistes, 56*(1), 7-39. https://doi.org/10.3406/jsa.1967.2269

Emlen, N. y Adelaar, W. (2017). Proto-Quechua and Proto-Aymara agropastoral terms: Reconstruction and contact patterns. En M. Robbeets y A. Savelyev, *Language Dispersal Beyond Farming* (pp. 25-45). John Benjamins.

ESCALE. (2017). Cartas educativas 2017. Unidad de estadistica del Ministerio de Educación. http://sigmed.minedu.gob.pe/descargas/

Espinoza Soriano, W. (1967). Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha. *Revista Histórica*, *30*, 224-333.

Guengerich, A. y Church, W. B. (2017). Una mirada hacia el futuro: nuevas direcciones en la arqueología de los Andes nororientales. *Boletín de Arqueología PUCP, 23,* 313-334. https://doi.org/10.18800/boletindearqueologiapucp.201702.011

Guevara, E. K., Palo, J. U., Guillén, S. y Sajantila, A. (2016). MtDNA and Y-chromosomal diversity in the Chachapoya, a population from the northeast Peruvian Andes-Amazon divide. *American Journal of Human Biology, 28*(6), 857-867. https://doi.org/10.1002/ajhb.22878

Hammarström, H., Forkel, R., Haspelmath, M. y Bank, S. (Eds.). (2022). *Glottolog 4.6. Entrada "chacha"*. https://glottolog.org/resource/languoid/id/chac1253. Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. https://doi.org/10.5281/zenodo.6578297

Hart, H. (2008). *Diccionario Chayahuita-Castellano,* 2.ª edición. Instituto Lingüístico de Verano.

Heggarty, P. (2010). Beyond lexicostatistics: How to get more out of 'word list' comparisons. *Diachronica, 27*(2), 301-324. https://doi.org/10.1075/dia.27.2.07heg

Instituto Nacional de Estadística e Informática (2015). *Centros Poblados del Perú*. INEI.

Jolkesky, M. P. V. (2016). *Estudo arqueo-ecolinguistico das terras tropicais sul-americanas*. [Tesis para optar por el grado de Doctor en Lingüística]. Universidad de Brasilia. https://repositorio.unb.br/handle/10482/21671

Koschmieder, K. (2012). *Jucusbamba. Investigaciones arqueológicas y motivos Chachapoya en el norte de la Provincia de Luya*. [Tarea Asociación Gráfica Educativa].

Kuorikoski, J. y Marchionni, C. (2016). Evidential Diversity and the Triangulation of Phenomena. *Philosophy of Science, 83*(2), 227-247. https://doi.org/10.1086/684960

Lerche, P. (1995). *Los Chachapoya y los símbolos de su historia*. Servicios Editoriales César Gayoso.

López de Velasco, J. (1894 [1571-1574]). *Geografía y descripción universal de las Indias*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Fortanet.

Martínez Compañón, B. ([1783] 1978). *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*, vol. II. Ediciones de Cultura Hispánica.

McCray, B. (2017). Límites e interfaces de Chachapoyas en la región Rodríguez de Mendoza. *Boletín de Arqueología PUCP, 23,* 187-206. https://doi.org/10.18800/boletindearqueologiapucp.201702.006

Millar, R. M. (2015). *Trask's historical linguistics*, 3.ª edición. Routledge. https://doi.org/10.4324/9781315728056

Ministerio de Educación Ecuador. (2009). *Kichwa Yachakukkunapa Shimiyuk Kamu*. Ministerio de Educación Ecuador.

Miño-Garcés, F. (2020). *Diccionario del español ecuatoriano. Español de Ecuador – Español de España*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Muysken, P. C. (2004). Cholon. En W.F.H. Adelaar & P. C. Muysken, *Languages of the Andes* (pp. 460-475). Cambridge University Press.

Nardi, R. L. (1979). El kakán, lengua de los diaguitas. *Sapiens, 3*, 1-33.

Orosco Silva, J., Zavaleta Chávez Arroyo, F. O. & Vargas Melendez, D. F. (2011). *Guión turístico Rodríguez de Mendoza*. DIRECTUR Amazonas.

Ramón, G. & Andrade Ciudad, L. (2021). La "lengua Guzmango" en Cajamarca colonial: contexto y perspectivas. *Chungara, 53*(4), 665-676. http://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562021005002101

Real Academia Española (2021a). Gato. https://dle.rae.es/gato

Real Academia Española. (2021b). https://dle.rae.es/lima.

Rivas Panduro, S. (2003). *Los asentamientos prehispánicos de la cuenca del Río Cachiyacu -Amazonía peruana*. Instituto Cultural Runa.

Rojas-Berscia, L. M. & Eloranta. R. (2019). The Marañón-Huallaga Exchange routes: 'Stones' and 'grains' as counting devices. *LIAMES, 19*, 1-27. https://doi.org/10.20396/liames.v19i0.8655449

Rojas-Berscia, L. M. (2020). La lengua chachapuya y el proto-cahuapana: afinidades léxicas y escenarios hipotéticos de contacto. *INDIANA, 37*(1), 155-188. https://doi.org/10.18441/ind.v37i1.155-188

Rowe, J. H. (1981). Una relación de los adoratorios del antiguo Cuzco. *Histórica, 5*(2), 209-261.

Ruiz Barcellos, J. L. (2011). "Chachapuya" y "Purum": identidad y simbolización ancestral de una sociedad tardía en el departamento de Amazonas. *Arqueología y Sociedad, 23*, 1-22.

Ruiz Caro, P. (2009, 4 de febrero). Peshuqueando - II parte. Diccionario amazonense [Blog]. Caminos de Pepe Ruiz. https://caminosdepeperuiz.blogspot.com/2009/02/diccionario-peshuco-j-p.html

Ruiz Estrada, A. (2010). *Amazonas: arqueología e historia*. Universidad Alas Peruanas.

Ruiz Estrada, A. y Ruiz Rubio, R. (2010). *La gran historia del pueblo chillao, Amazonas-Perú*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Sanabria Fernández, H. (1965). *El habla popular de la Provincia de Vallegrande, Departamento de Santa Cruz*. Universidad Autónoma Gabriel René Moreno.

Schjellerup, I. R. (2005). *Incas y españoles en la conquista de los chachapoya*. Instituto Francés de Estudios Andinos.

Stiglich, G. ([1922] 2013). *Diccionario geográfico del Perú. Nueva versión corregida y reestructurada*. Sociedad Geográfica de Lima.

Taylor, G. (2000). *Estudios lingüísticos sobre Chachapoyas*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Taylor, G. (2006). *Diccionario Quechua Chachapoyas-Lamas*. Instituto de Estudios Peruanos.

Tessmann, G. (1930). *Die Indianer Nordost-Perus*. Friederichsen, de Gruyter.

Torero, A. (1986). Deslindes lingüísticos en la costa norte peruana. *Revista Andina, 4*(2), 523-548.

Torero, A. (1989). Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana. Un trabajo de recuperación lingüística. *Revista Andina, 7*(1), 217-257.

Torero, A. (1993). Lenguas del nororiente peruano: la hoya de Jaén en el siglo XVI. *Revista Andina, 11*(2), 447-469.

Torero, A. (2002). *Idiomas de los Andes: Lingüística e Historia*. Editorial Horizonte.

Urban, M. (2020). Cholón and the linguistic prehistory of northern Peru: triangulating toponymy, substrate lexis, and areal typology. *Linguistic Discovery, 17*(1), 63-83. https://doi.org/10.1349/PS1.1537-0852.A.513

Valenzuela Bismarck, P. (2011). Contribuciones para la reconstrucción del proto-cahuapana: Comparación léxica y gramatical de las lenguas jebero y chayahuita. En W. F. H. Adelaar, P. Valenzuela Bismarck & R. Zariquiey Biondi, *Estudios en lenguas andinas y amazónicas* (pp. 271-304). Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Valenzuela Bismarck, P. (2014). *Kirka' Lawer'lla'la' Ñak: Diccionario Shiwilu-Castellano, Castellano-Shiwilu* [Versión borrador]. Universidad Chapman.

Valqui Culqui, J. (2003). Rastreo a la extinta lengua de los Chachapoyas. *Lengua y Sociedad, 5*, 62-71.

Valqui Culqui, J. (2004). *Reconstrucción de la lengua chacha mediante un estudio toponímico en el distrito de la Jalca Grande (Chachapoyas-Amazonas)* [Tesis para optar por título de licenciado en Lingüística]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. https://hdl.handle.net/20.500.12672/1224

Valqui Culqui, J. (2018). El acento en el quechua de Chachapoyas: un sustrato de la lengua chacha o un vestigio protoquechua. *Letras (Lima), 89*(130), 79-99. https://doi.org/10.30920/letras.89.130.4

Valqui Culqui, J. (2020). *Patrones acentuales en el quechua de Chachapoyas y su implicancia para la reconstrucción del protoquechua* [Tesis para optar por el grado de Doctor en Lingüística]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. https://hdl.handle.net/20.500.12672/11681

Valqui Culqui, J. & Ziemendorff, M. (2016). Vestigios de una lengua originaria en el territorio de la cultura chachapoya. *Letras (Lima), 87*(125), 5-32. https://doi.org/10.30920/letras.87.125.1

Valqui Culqui, J., Ziemendorff, M., Ziemendorff, S. & Oisel, G. (2023). Consideraciones histórico-lingüísticas acerca del topónimo Kuélap. *INDIANA, 40*(1) [en prensa].

Von Hagen, A. (2002). Pueblo de las nubes. En E. González & R. León, *Chachapoyas: el Reino Perdido* (pp. 24-261). AFP Integra.

Von Hagen, A. (2008). *An Overview of Chachapoya Archaeology and History*. Centro Mallqui, Museo Leymebamba.

Zevallos Quiñones, J. (1966). Onomástica prehispánica de Chachapoyas. *Lenguaje y Ciencias, 20*, 27-41.